

Querida tristeza,

Ya vuelves a estar aquí. Sin avisar. Me vuelves a pillar a medio vestir y sin saber qué hacer contigo. Estoy cansado de ahuyentarte con mis juguetitos de malabarista.

Te veo y lo primero que pienso es qué puedo hacer esta vez. Se me acaban los recursos, se me acaban las excusas. Y me vuelvo a preguntar qué habré hecho yo para merecer esto. Y se me desatan los perros. Al cabo de un rato, estoy peor.

Lo he probado todo: darte la espada, gritarte para que te vayas, tirarte piedras, hacerme el sueco, enterrarme. Y sigues allí. Quieta. Mirándome con ojos de niño perdido. Como pidiendo algo que no sé que es.

Y hoy he decidido pararme, invitarte a tomar un té conmigo. Hoy me he puesto a escucharte. De verdad. Sin intentar tapar tus dolores, ni darte buenas razones para ser feliz, sólo abrazarte. Y lamentarnos juntos de lo que perdimos, de lo que nos duele, de lo que nos cuesta. Sabiendo que ahora es así. Y que aunque cueste creerlo está bien así.